

CAPÍTULO IX.

EL ALMIRANTE COSTEA LA ISLA ESPAÑOLA.—PÉRFIDO ATAQUE DE LOS INSULARES CONTRA LOS ESPAÑOLES.—EL ALMIRANTE REGRESA Á EUROPA.—NAVEGACION DIFÍCIL, PELIGROS Y VOTOS DE LA TRIPULACION DURANTE LA TEMPESTAD.—LLEGAN Á LAS AZORES.—EL GOBERNADOR PORTUGUES QUIERE APODERARSE DE COLON Y LE QUITA TRAIIDORAMENTE LA MITAD DE SU TRIPULACION.—RECROBA COLON SUS HOMBRES Y CONTINÚA SU RUTA.—NUEVA TEMPESTAD.—ARRIBADA FORZOSA Á PORTUGAL.

§ I.

El viérnes, 11 de enero, se hizo pues el Almirante á la vela. En esta ocasion dió nombre al cabo Beaupré, á la montaña de la Plata, al cabo del Ángel, á la punta de Hierro, al cabo Redondo, al cabo Frances y al cabo del Buen Tiempo. Miétras continuaba costeaudo la isla Española, se asombraba de su extension.

Deseando procurarse viveres frescos, envió Colon á tierra una embarcacion, que encontró hombres armados con flechas, con quienes trabó relaciones. Los marineros decidieron á uno de aquellos guerreros á que les siguiera á la carabela. Era un arrogante mozo, completamente desnudo, con el rostro ridiculamente embadurnado de negro. En sus largos cabellos atados sobre el cogote, llevaba entrelazadas algunas plumas de ave. Por su aire marcial, el tono resuelto de su voz, y sus facciones desagradables á la vista, tomóle el Almirante por uno de aquellos caraibes comedores de hombres de que habia oido hablar. Preguntóle si era de *Caniba*; contestóle negativamente el guerrero, é indicóle el pais en donde vivia aquella raza, mostrándole el costado del Este. Despues de haberle interrogado sin ningun provecho, mandó que le dieran de comer, le dió algunas baratijas y le despidió, invitándole á que le trajera oro si lo tenia. En el momento que la embarcacion que le llevaba atracó en la orilla, hallábanse unos sesenta guerreros emboscados entre los árboles. Á las primeras palabras de su compatriota, ocultaron parte de sus armas, y se aproximaron á los españoles: estos les compraron dos arcos y muchas flechas. Sin embargo, despues de haber recibido su precio, en lugar de entregar las armas, viendo que sólo tenian que habérselas con siete

extranjeros, corrieron los indigenas en busca de cuerdas para sujetar á los españoles, considerándoles como á sus cautivos. Adivinando éstos la intencion aleve de los salvajes, arrojáronse de golpe sobre la gavilla, hirieron en el pecho á uno de los agresores, dieron á otro una estocada en las nalgas, y por la intrepidez y prontitud del ataque les dejaron tan asombrados, que arrojando sus lanzas apelaron á la fuga. Grande carnicería habrian causado en ellos los siete españoles, si el oficial que mandaba la embarcacion no hubiese impedido la persecucion conforme á las instrucciones que tenia. Por de pronto se affigió Colon de este accidente; porque no hubiera querido que su expedicion hubiera costado una gota de sangre á los pueblos que él acababa de convidar á la paz del Señor; pero consolóle la reflexion, pues la derrota de sesenta guerreros, por siete extranjeros, debía redundar en provecho de la pequeña colonia que dejaba en el fortin.

Pertenecian esos guerreros á la tribu de los Ciguayanos, cuyas costumbres estaban en abierta oposicion con la dulzura de las demas tribus de la Española. Expuestos como estaban á las irrupciones de los Caribes, habian contraido algunos de los crueles hábitos de sus enemigos. El Almirante llamó aquel lugar «el Golfo de las Flechas.» El día siguiente envió allí otra vez la lancha armada y dispuesta á la batalla. Los ribereños, acompañados del indio que habia ido á bordo de la *Niña*, se acercaron sin temor y sin odio á los españoles.

Hubiera Colon deseado, ántes de regresar á Castilla, dar con aquella raza de *Carib* ó de *Caniba*, tan temida en los países que habia visitado, y descubrir aquellos comedores de carne humana, rebeldes al órden de la Providencia, afrenta de la naturaleza, y que, movidos por una pasion brutal, iban á robar á sus semejantes, destinándolos á sus comidas. Semejante abominacion le parecia imposible, y, para darle crédito, hubiera querido sorprenderla en su ejecucion. Habianle hablado tambien de una isla llamada *Matinino*, que estaba poblada sólo por mujeres guerreras que recordaban las fabulosas Amazonas. Estaba seguro de la existencia de dicha isla; pero los indios no supieron indicarle su camino: él creía que la hallaria al Es-sudeste. En esto estaba en lo cierto (1). Habiéndose levantado empero viento favorable para regresar á España, y comenzando sus marineros á inquietarse por tan prolongada navegacion, debió emprender otra vez la vuelta á Europa, con tanto mayor motivo, cuanto que las dos carabelas hacian entonces mucha agua. El quedarse era tan peligroso como el partir. En semejante situacion y á tal distancia, no podía esperarse más auxilio que el de Dios.

Mandó pues Colon dirigir proas hacia España, en nombre de la Santísima

(1) Las Amazonas y su isla existían realmente, prescindiendo de toda mitología; solamente que esas robustas guerreras no vivían sin hombres más que una parte del año.

Trinidad, porque, dice el venerable Las Casas, «á pesar de la gran cantidad de agua que hacian las carabelas, esperaba que Nuestro Señor, que por su bondad le habia traído, se dignaria volverle por su misericordia (1).»

El mar fué muy favorable en un principio; experimentáronse con todo frecuentes variaciones de viento. Las aguas se animaron en los siguientes días: viéronse muchos atunes; y presentáronse tambien rabos de pico, plangas, tableros y fragatas. No obstante el mar estaba tranquilo, la temperatura era suave y el viento excelente, de todo lo cual daba Colon gracias á Dios.

El 21 de enero el viento refrescó considerablemente. Viéronse todavía muchas aves, pero pocos peces. El agua del mar era más fria. El día siguiente tuvieron calma chicha. Los indios se recrearon nadando al rededor de los buques. Otra vez se encontraron yerbas, por las cuales ya nadie se alarmó entonces. Los días siguientes fueron muy variados los rumbos. La *Niña* se veía muy frecuentemente obligada á arriar alguna de sus velas para esperar á la *Pinta*, que navegaba mal de bolina, y á la cual servia de poco el trinquete, á causa de la averia de su palo, cuya reparacion habia descuidado Martin Alonso Pinzon cuando su desercion al tráfico del oro.

Pronto perdió el cielo su transparencia. Incesantes cambios de vientos hicieron necesarias continuas maniobras. Avanzábase poco, y se agotaban las provisiones; ya no quedaban más que patatas, galleta y vino, cosas todas que sostenian mal las fuerzas en medio de semejante fatiga.

El viérnes, 25 de enero, despues de la salida del sol, sobrevino gran calma. Los marineros lograron coger un atun y un tiburón enorme, lo que constituyó un venturoso refuerzo para la despensa. Durante los días siguientes se hizo poco camino; el viento y el mar continuaban en pesada flojedad; sin embargo el Almirante continuaba dando gracias á Dios por el estado del mar. El 4 de febrero, el cielo, siempre más cubierto, se puso lluvioso; el tiempo frio. El Almirante mandó gobernar al Este. Hasta el 8 de febrero se continuó este rumbo, y aquel día se tomó el Sudeste cuarto al Este. Dos días despues los pilotos se hallaban, segun su apunte, ciento cincuenta leguas más cerca de Castilla que el Almirante. El cálculo de este era más exacto: todos los pilotos se engañaban, como lo demostraron los acontecimientos.

El 12 de febrero, un viento precursor de la tempestad, hizo estremecer las jarcias: el día fué penoso. Frecuentes relámpagos brillaban hacia el Noreste: era el anuncio de la tempestad. El Almirante se dispuso al punto para que no le cogiera despreve-

(1) «Pero no obstante la mucha agua que las carabelas hacian confia en Nuestro Señor que le trujo, el tornará por su piedad y misericordia.»—*Lánes*, 14 de enero.

nido. Hizo cargar todas las velas, conservando sólo una baja, encogida por los rizos, abocinada en el palo mayor, solamente para ayudar á que se sostuviera la carabela sumergida por las olas en sus surcos. Navegóse á *palo seco*, es decir, sin velas, con las jarcias y palos solamente. Agitadas las aguas se embravecían violentamente; el horizonte tomaba un aspecto formidable; el mar hinchado y bramador abría inmensos abismos, levantando sus olas hacia el cielo, chocando entre sí continuamente por el impulso de vientos encontrados; las cuadernas de la *Niña* gemían penosamente al choque de impetuosas oleadas. Como se hizo imposible toda maniobra, se abandonó la carabela á merced de los vientos. La *Pinta*, cuya arboladura averiada la impedía luchar por más tiempo, intentó escaparse del viento. Llegada la noche, según las ordenanzas de Castilla, mandó el Almirante poner tres linternas, una encima de la otra, en el palo mayor donde se hallaba fijado el estandarte real, para indicar á la *Pinta* que no conservara ninguna vela. Á fin de evitar el abordaje de las dos carabelas durante la oscuridad, mandó izar una linterna cerca del farol, á cuya señal respondió Martín Alonso Pinzón, y cuya embarcación conservó el farol hasta que la violencia de la borrasca le hubo hecho desaparecer en los abismos del mar enfurecido.

La aurora del nuevo día aumentó la furia de la tempestad en lugar de disminuir sus horrores. El Almirante no había abandonado el combés, y dirigía personalmente el buque. La persistencia de la tempestad tenía intimidados á los más intrépidos marinos. Todos dirigían sus miradas al Almirante, y éste elevaba su corazón á Dios, único auxilio en tan inminente peligro. El hombre ya no podía nada; solo el cristiano resistía con su fe.

Propuso á los marineros un voto. Echar suertes para saber quién de ellos iría en peregrinación á Santa María de Guadalupe, llevando un cirio de cinco libras de peso; á cuyo efecto contó un número de garbanzos igual al de las personas que se hallaban á bordo, cuidando de señalar uno con una Cruz hecha con un cuchillo; echáronlos en un gorro largo, de lana, de marinero, revolviéndolos mucho (1). Acercáronse todos, cada uno según su clase y lugar correspondientes.

Tocábale comenzar al Almirante; metió la mano en el gorro y sacó el garbanzo señalado con la Cruz. Poco después, dominados por el terror del peligro que iba en aumento, resolvieron hacer otro voto. Tratábase de ir en peregrinación á Nuestra Señora de Loreto, en los Estados Pontificios. Esta vez le tocó la suerte al llamado Pedro Villa, marinero del Puerto de Santa María; pero como era evidente

(1) «Mandó traer tantos garbanzos cuantas personas en el navío venían, y señalar uno con un cuchillo haciendo una Cruz, y metellos en un bonete bien revueltos.»—*Jueves, 14 de febrero.*

que no se hallaba en estado de poder hacer gasto semejante, encargóse el Almirante de abastecerle de lo necesario. Al poco tiempo el aumento siempre más temible de la tempestad inspiró un tercer voto. Echáronse suertes para ir á la iglesia de Santa Clara, en Moguer, hacer celebrar una misa y pasar toda una noche orando delante del altar mayor. Otra vez fué también el Almirante quien sacó del gorro el garbanzo señalado con la Cruz. Después se hizo el voto colectivo de ir procesionalmente, descalzos, y en paños menores, á la iglesia de Nuestra Señora más cercana á la primera tierra donde desembarcaran.

No puede formarse idea del abatimiento de los ánimos. Nadie dudaba de la pérdida de la *Pinta*. Cada cual se encomendaba particularmente á su patron ó á Dios, pero sin atreverse á esperar. Todos se creían perdidos sin remedio: humanamente no quedaba ninguna probabilidad de salvación. La carabela resistía con mayor dificultad porque le faltaba lastre, á causa de que no había podido llegar el Almirante á «la isla de las Mujeres,» donde se proponía lastrar y arrumar la *Niña*. El consumo de los viveres, el agotamiento de los barriles de agua y de vino la aligeraban de tal manera que se dejaba llevar, como si ya no gobernara. Todos los tripulantes se entregaban á la desesperación.

El mismo Colon sentía menguar su constancia. Su corazón, más agitado que el mar tumultuoso, pasando de la confianza á la duda, y del temor á la angustia, se animaba ó apocaba alternativamente como las olas del Atlántico. Él mismo lo ha dicho; cualquier movimiento de las aguas bastaba para desazonarle. Atribuía esta debilidad á la insuficiencia de su fe y á su falta de absoluta confianza en la divina Providencia.

Por una parte, cuando se acordaba de las circunstancias prodigiosas de su Descubrimiento, de los favores que Dios le había hecho, concediéndole un triunfo tan grande, mostrándole innumerables maravillas, haciéndole descubrir una multitud de islas, como si hubiese querido que después de tantas contrariedades experimentadas en Castilla, se viesen sobrepajadas todas sus esperanzas, Colon se tranquilizaba algo. Cuando bajaba al fondo de su conciencia, y hallaba en ella, primeramente, su deseo de la mayor gloria de Dios, parecía imposible que él que le había librado de todo peligro en su primera travesía, cuando más debía temerle, y había sometido á sus pies la sublevación producida por el miedo, sosteniéndole «solo contra todos,» hiciera hoy inútiles los constantes milagros de su bondad, y le abandonara en aquel supremo peligro.

Por otra parte, viendo persistir el rigor del cielo, á pesar de sus oraciones, y hacerse más inminente la proximidad de la destrucción, decía para sí que sin duda á causa de sus pecados, quería Dios, para castigarle, quitarle la satisfacción de dar él mismo á los Reyes la noticia del Descubrimiento, y privarle de la gloria que de ello redundaría para su nombre.